



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 1818

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR24

MIÉRCOLES 4 DE JUNIO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en libranza de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette-rue Cassanlin 61; y J. Jones, Panbourg-Montmartre, 31.

LA PAZ

La humanidad está de enhorabuena. La guerra del Africa del Sur, que tanto ha apasionado al mundo y que tantas simpatías ha restado a Inglaterra en los dos años y medio que ha durado, terminó al fin.

Se ha firmado la paz tan deseada. La conciencia pública recibe con ello gran satisfacción, porque ese suceso que ha sido acogido con grande alegría por el pueblo inglés, había llegado a ser la pesadilla de todos los demas.

Durante treinta y un meses hemos asistido a ese espectáculo terrible de dos pueblos que se devoraban, el uno por conservar su independencia y el otro por saciar su ambición de dominio; y al ver la pujanza del primero, su grandeza de alma, su fú en ningún momento debilitada, su confianza en Dios y su desprecio de la vida; y al contemplar los medios formidables del segundo para ir derecho y pronto a la victoria, hemos vivido interesados en la suerte de aquél, que siendo pequeñísimo con relación a su contrario, se ha ofrecido a la consideración de las gentes dotado de espíritu gigante y de virtudes no comunes por lo extraordinarias.

La paz se ha realizado y sobre ella se ceba ya la critica. ¿Por qué? Porque las condiciones en que se ha pactado no indican que Inglaterra estuviera en camino de salir vencedora en plazo breve.

Eso estaba ya descontado. Nadie ignoraba que los asuntos del Africa del Sur no marchaban a gusto de Inglaterra; mas como esta na-

ción no se paga de quijoterías y tiene un sentido práctico que le hace salir bien de sus asuntos bajo el punto de vista de la conveniencia, a ella se ha atendido y ha ajustado la paz.

Ahora vendrá la prensa de Londres echándole la culpa al gobierno de haberla concedido en condiciones poco airoas; pero es lo que dirá Chamberlain:—Cuando no se puede segar se espiga.

Y en realidad de verdad no se podía segar en el Africa del Sur. Se han arrasado poblaciones enteras. Se ha puesto fuego a las granjas arruinando los campos. Se ha copiado el sistema de la concentración de campesinos tan censurado a Weyler. Se han construido cercados de alambre para encerrar a los patriotas, considerándolos como vil piara. Pero el espíritu de independencia se ha sobrepuesto siempre a tales tratos y ante él se han estrellado los prestigios de los generales.

Lo ocurrido a Inglaterra en el Africa del Sur justifica la mala suerte que nos acompaña en Cuba. En esta jugaba España el papel que Inglaterra en el Transvaal. No éramos allí extraños, pero teníamos lejos la base de donde sacábamos recursos para guerrear y nos encontrábamos frente a un enemigo que estaba en su casa y quería ser independiente.

Lo que pasó a España ha servido de lección a Inglaterra. Así como los combates navales sirvieron de estudio a las naciones europeas para curar defectos de las respectivas escuadras, la experiencia de nuestra guerra colonial enseñó al gobierno de Salisbury el peligro a que se arrojaba extremando la lucha; mas el buen sentido, ese sentido práctico que tanto caracteriza

al pueblo inglés, le hizo escarmenlar en cabeza ajena, firmando la paz.

La bondad de ésta será más o menos discutible bajo el punto de vista material; pero bajo el punto de vista moral puede decirse que la humanidad está de enhorabuena.

La paz anglo boer no es indifere para nadie tanto, que no hay una sola alma generosa que no estuviera interesada en que se hiciera pronto.

TIJERETAZOS

En los Estados Unidos—¡en América había de ser!—hay un individuo que tiene una modesta fortuna.

¡Trescientos millones de pesos! Y le saca un módico interés anual. El cinco por ciento. ¡Que son ocho y medio millones!

¡Lo comprendo todo! Que ese hombre cobre veinte duros por minuto y un barrendero dos pesetas cada veinticuatro horas.

La comparación de esos números hace más propaganda al socialismo que las teorías de todos los maestros.

Dice «El Diario de la Marina.» «La explotación de la credulidad es una de las industrias más socorridas de España.»

Eso es un veneno que nunca se agota. A España se la engaña siempre. Y apenas se da cuenta del engaño, la engañan otra vez. Es su sino. ¡Y lo lleva con una paciencia!

Leemos: «La noticia más importante y más trascendental para el mundo todo, y quizás para nosotros especialmente, es la paz que en los despachos oficiales publicados por el gobierno inglés, aparece ya firmada entre Inglaterra y el Transvaal.» Justo, para nosotros especialmente.

Que no se olvide el encargo. El resultado que ha obtenido Inglaterra con la lucha justifica el que nosotros obtuvimos antes.

Y cuando ahora se hable de nosotros, en son de censura, con motivo de nuestras guerras coloniales, habrá que hablar de los ingleses que son más numerosos, tienen más dinero y han hecho lo mismo.

Oigan, oigan lo que dice una carta de los Estados Unidos:

«La Comisión de investigación sobre las crueldades cometidas en Filipinas, celebra sesión sobre sesión y la prensa descubre cada día nuevas monstruosidades; pero en realidad el resultado será bien insignificante comparado con el mal inmenso que se ha hecho.»

Los frailes, sacerdotes, hombres, mujeres y niños asesinados y martirizados en Filipinas por la soldadesca yanqui se cuentan por millares.

Esos caballeros son los que nos acusaban de crueles y nos provocaron a la guerra con fines puramente humanitarios.

Dice un corresponsal, desde Londres, que al tenerse allí noticia de haberse firmado la paz en el Africa del Sur los hombres abrazaban a las mujeres.

¡Caranibital! Ya no dudo de esta otra noticia que ha llegado después. «El entusiasmo aumenta.»

LOS YANQUES EN FILIPINAS

Un enemigo de la anexión.

No a todos los americanos pareció bien la aventura de los Estados Unidos en Filipinas.

Andrew Carnegie, el archimillonario filántropo que traspasó sus fábricas al «trust» del acero, hizo cuanto le fué posible para evitar a su país el tremendo puerco, que así mismo se preparaba al firmar la paz con España.

Los principios políticos de Carnegie han sido republicanos y proteccionistas, bajo cuyos auspicios redondeó su hermosa for-

tuna de 300 millones de pesos, cuyos réditos, 15 millones de pesos al año que le rinden las obligaciones del «trust» del acero al 5 por 100, despartan con liberalidad universalmente reconocida.

En la actualidad es enemigo irreconciliable de la política imperialista.

Hace algún tiempo publicó Mr. Carnegie un artículo en la popular revista «North-American», con referencia a una entrevista que tuvo con el presidente Mac-Kinley cuando el tratado de París estaba pendiente de discusión en el Senado.

No hemos leído el artículo; pero de los datos que tenemos a la vista se deduce que M. Carnegie trató de disuadir al presidente de continuar por la vía emprendida.

Es un hecho que M. Mac-Kinley dijo después a un amigo que M. Carnegie no sabía de lo que estaba tratando.

La última tirada del boletín mensual que la Fidelity Casualty Company publica para uso de sus agentes, contiene un artículo de su presidente, M. George E. Seward, antiguo e íntimo amigo de M. Carnegie, en cuyo texto, tratando de la mencionada entrevista de Carnegie con Mac-Kinley y de la actual situación en Filipinas se dice lo que sigue:

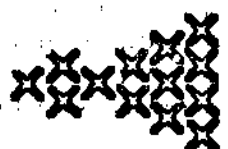
«Hay en nuestra nación un hombre tan distinguido por su maravilloso éxito como por el no menos maravilloso modo que hace de su fortuna.»

Nacido en Escocia y venido a este país cuando era un pobre muchacho, alcanzó distinción en muchas formas.

Este hombre fué a verte con M. Mac-Kinley cuando el tratado con España estaba pendiente de ratificación, y le dijo que los Estados Unidos se hallaban en perspectiva de una guerra en Filipinas; que no pasaría mucho sin que nuestro pueblo y el filipino se estuviesen matando; y rogó que se le enviase a Manila con plena autoridad para comunicar a los filipinos que los americanos solo les deseaban el mayor bien y pronto les reconocerían la independencia.

Este hombre manifestó a M. Mac-Kinley que tal era su empeño en el asunto, que si se le comisionaba, pagaría de su bolsillo los 20 millones de pesos estipulados en el tratado de París.

Un reporter fué a pedir explicaciones a



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



59 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

cada vez más negras. Las sombras de lo sumo caían espantosas y raras, como si hubiese sido proyectadas siniestramente por una mano invisible. Por momentos repercutía en el espacio el zumbido sordo del viento; después reinó un silencio de muerte; el aire se hizo sofocante, y los últimos tenues rayos del sol se disiparon. De las negras nubes, siniestros relámpagos surgían como en una tempestad, envolviendo la ciudad y el monte.

—¿Nos vamos?—preguntó Canna de nuevo.
—No... ¡Deses ver al Nazareno otra vez!—suplicó Antea.

Por orden de Canna la litera fué transportada un poco mas hacia adelante, para que Antea, aun en las tinieblas, pudiese verle bien el rostro. Sobre la madera de la cruz se distinguía el cuerpo del crucificado, el cual se destacaba súbitamente en la ténica obscuridad; la respiración sónica le levantaba el pecho; la cabeza y los ojos tenían vueltos al cielo.

Detras de las nubes se oía un ruido lejano, apenas distante; bello aquí; resaca de imprevisto con fuerza el fragor del trueno que se aproximaba; corre, se agita, recorre el espacio de levante a poniente con terrible eco; después se alza, descomde a las profundidades infinitas e ignotas, dividiéndose lentamente en mil rumores indistintos. El rayo fulmina; la tierra tiembla; un inmenso relámpago incendia las nubes,

58

(SIGAMOSLE)

Vencido por una nueva agitación, que igual que una tempestad, se agitaba en él, Canna en aquel momento se reprochaba el no haber llamado al Nazareno para que curase a Antea.

En este punto, los soldados, después de haber extendido el cuerpo de la víctima sobre la cruz, le clavaban los clavos en las manos, despiadadamente, golpeando con gruesos martillos. Al sonido de los golpes del hierro contra el hierro, se unió bien pronto la exclamación delirante de la multitud, la cual estaba en el paroxismo de su júbilo, al ver los clavos que traspasaban las manos del crucificado y penetraban en la madera de la cruz. Después se hizo un gran silencio, pues la plebe cruel quería también gozar de la morbosa voluptuosidad de oír los gemidos que la tortura arrancaría al mártir; pero éste, tranquilo y grave, en tanto que sufría aquellas atroces torturas, oraba perdonando, y, en el silencio, resonaban solamente los martillazos.

Finalmente la cruz fué levantada entre las otras dos. El centurión que dirigía el suplicio, ordenó que fuesen clavados los pies del Nazareno. De repente, las nubes se condensaron y obscurecieron al sol. Todo, alrededor de los montes y los valles, poco antes rientes, bajo una luz medrosa, se tornó oscura y tétrica. Una oscuridad amenazadora invadió al monte y rápidamente las nubes se acumulaban y hacían

55 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

nesia, se burlaba de él, y él seguía con noble calma, casi arrebatado en un éxtasis de un pensamiento no terreno. Con el espíritu muy por encima de las humanas bajezas, indiferente al clamor de la plebe, aparecía supremamente piadoso y bueno, indulgente hasta el extremo, y como presa del misterio del infinito. Tanta piedad y tanta indulgencia le colocaban sobre toda guerra civil, porque estaba sumiso, dulce, triste, inmensamente triste; pero por aquella tristeza profunda que el mundo le acumulaba delante.

—¡Tú eres la verdad!—exclamó Antea con los labios trémulos.

El cortejo seductor en oír esto, porque la centuria, por la irrupción de la plebe, no podía proseguir; y así Antea pudo volver de nuevo al Nazareno. El viento le agitaba las cabellera; la luz rosada del sol que doraba las nubes, reflejaba sobre aquel palidísimo rostro; casi transparente en su profunda palidez. Su cuerpo cubierto con el manto parecía encendido en una llama. La plebe le rodeó curiosamente; los soldados tuvieron que apelar a las lanzas para proteger al Nazareno hasta la cruz. No se oían los gritos y multitudes veladas agitadas con frenético brazo elevados y pechos apretados; de los que del populacho salían llamados de fuego, las mandíbulas se abrían como para morder, y el Nazareno, mirando